

los vientos y la mar, y quieta las tempestades con tanta facilidad? A quien podemos responder, que es un siervo del Señor, de altos merecimientos, á quien su divina Majestad hace estos y semejantes favores, para declarar al mundo cuánto le ama y estima por su grande santidad.

Tan grande era la opinion de santidad que tenian de él cuantos le trataban, que le miraban como á un santo bajado del cielo, y en los últimos años se le arrodillaban y reverenciaban, como si estuviera en un altar, llamándole santo, santo, sin verlo ni oirlo él, pero sí su compañero, el cual lo contó despues.

Movido de esta opinion un Hermano de los nuestros, morador y enfermero del colegio de Cebú, súbdito del P. Humanes, teniendo enfermo á un criado de casa, y habiendo leído en la vida de S. Francisco que algunos enfermos habian sanado bebiendo del agua en que se habia lavado el santo, guardó la que habia usado el siervo de Dios para lavarse, y con viva fe de su gran merecimiento, se la dió á beber al enfermo, y luego cobró salud, con pasmo y admiracion de ambos, enfermo y enfermero, y de los que poco ántes le vieron en la cama enfermo y luego le vieron levantado y sano, dando á Dios mil gracias por la merced que le habia hecho por medio de su Rector, á quien miraron con veneracion de santo.

El mismo Hermano enfermero tenia otro criado del colegio en la cama, enfermo de un hinchazon en el pecho; y habiendo leído en un libro que á un monje de los antiguos, tenido por santo, le pidieron con disimulo, que pudiese la mano sobre un enfermo, y que luego habia sanado; usó de la misma traza con el P. Humanes, pidiéndole con disimulo que tocase con la mano la hinchazon de aquel criado, y viese si era suficiente para excusarle de trabajar; el santo varon lo hizo con su mucha candidez, movido de piedad, y por obedecer al enfermero, cuya fe premió nuestro Señor en este enfermo como en el pasado; porque, en tocándole el Padre, se deshizo la hinchazon y quedó bueno y tan sano, que se levantó al momento y fué á trabajar con los otros criados, á quien contó la salud milagrosa que le habia dado Dios por medio del P. Rector Alonso de Humanes.

Juntamos á estos dos sucesos el que tuvo en Méjico cuando esperaba el tiempo para embarcarse con su gente á Filipinas; y fué, que á uno de sus compañeros le dió una erisipela en un brazo, que le duró muchas semanas; estuvo la enfermedad tan rehacia, que se le encanceró el brazo, y los médicos determinaron cortársele.

Sintió el siervo de Dios, como amoroso Padre, el trabajo de su hijo, y fué aquella noche á consolarle con sus santas y dulces palabras, y por rematé le ofreció de encomendarle muy de veras á nuestro Señor aquella noche.

Podemos creer que la gastó en oracion y lágrimas y penitencia, clamando á Dios por aquel sujeto, de quien esperaba grande fruto en Filipinas, y vióse la eficacia de sus ruegos y el valimiento que tenia con Dios, porque cuando vinieron á la mañana á cortarle el brazo, le hallaron con tan grande mejoría, que sobreyeron de la cision; y dentro de pocos dias mejoró de manera que estuvo sano, y pudo trabajar como los demas, jurando los médicos que la salud era milagrosa, porque naturalmente era imposible segun las reglas de la medicina; pero no fué mucho que sanase, tomando por su cuenta la cura otro médico superior, que fué Dios, por intercesion de su siervo, por cuyos ruegos y méritos obró tales maravillas y otras muchas que veremos despues.

VII

Su santa muerte, los testimonios que hubo de su gloria y los milagros que Dios obró por él.

Todos los colegios de aquella provincia batallaban á porfia sobre llevar al P. Humanes por su morador, para autorizar sus casas con su persona, valer-se de su consejo y afervorizarse con su ejemplo en el servicio de Dios; pero el buen Padre, como humilde y deseoso de la quietud y soledad, escogió la isla de Bohol, apartada del comercio y necesitada de doctrina.

Allí se retiró y asentó su habitacion en un corto colegio ó residencia que se llama de Loboc, pueblo de indios de poca poblacion.

Aquí pasó los últimos años de su vida, enseñando y doctrinando aquellos pobres indios con amor de verdadero padre, gastando en oracion y penitencia el tiempo que le daba de treguas aquella ocupacion.

Cumplidos los setenta años de su edad, se cumplió tambien el plazo de su destierro y los deseos con que vivió siempre de verse y unirse perfectamente con Dios, el cual le envió una enfermedad de llagas y postemas en varias partes del cuerpo, que le dieron mucho en que merecer y le sacaron de esta vida, recibidos todos los Santos Sacramentos, con la misma paz y quietud que habia vivido, viérnes 26 de agosto de 1635 años, teniendo cuarenta y cinco de religion y treinta y cuatro de profeso.

Luego que se divulgó por la isla la muerte del santo Padre, concurrió toda la comarca á su entierro, veneraban su cuerpo como de santo canonizado, hincados de rodillas y dándose golpes en los pechos, regando el suelo con lágrimas que derramaban de devocion y sentimiento por la pérdida de su Padre.

Predicó un Padre de los nuestros á sus honras estando presente el cuerpo, celebrando sus heróicas virtudes y sus grandes merecimientos, por los cuales nuestro Señor le habia trasladado al cielo, de que hubo muchos testimonios dignos de crédito.

Un Padre de la residencia que le asistió en la enfermedad, vió, al tiempo que espiró, bajar un globo de luz sobre su aposento y subir desde él al cielo, en que reconoció subia el alma del P. Humanes gloriosa en aquel trono de luz, á gozar eternamente de Dios.

Otro Padre que esperaba en su aposento que le avisasen cuando se acercase su hora, y viendo que se tardaban, fué á salir para el del enfermo, y oyó una voz que le dijo: «Ya, ya está adonde ha deseado,» y llegando á su aposento, le halló muerto.

Dos penitentes del Padre que estaban en la ciudad de Cebú, léjos de donde murió, le vieron á la misma hora vestido de resplandor, y la una al lado de S. Ignacio nuestro Padre subir glorioso al cielo, y lo dijeron á sus confesores, los cuales computando el tiempo, hallaron que fué esta revelacion el sábado en que fué su entierro.

Tambien fué testimonio de su gloria el que dió uno de los Padres que le asistió en su muerte, el cual viendo lo mucho que padecia la isla aquel año por la grande seca con que se perdian los sembrados, le dijo ántes de espirar: «V. R. ha sido Padre de esta tierra viviendo, séalo tambien delante de Dios, recabando de su divina Majestad que nos envíe el agua, para que no perezcan estos pobres indios.» Yo lo ofrezco, dijo el siervo de Dios, y cumplió su palabra tan puntualmente, que luego se entoldó el cielo de nubes, y vino tan grande lluvia, que se remedió la tierra, y tuvieron aquel año fertilísima cosecha, dando mil gracias á Dios y á su bendito P. Humanes por ello.

Acompañemos este testimonio con otro de un religioso confesor de la Compañía, que ántes de morir le rogó que, en viéndose delante de Dios, recabase la conversion de dos personas escandalosas que hacian mucho daño en la isla, y nunca las habian podido reducir.

Ofreció de hacerlo el siervo de Dios, y fué cosa admirable, que en muriendo, tuvieron ambos tal dolor y compuncion de su mala vida, que sin ser llamados, vinieron al dicho Padre á pedirle confesion, arrepentidos de sus pecados, y con firme propósito de corregir sus vidas, que fué indicio manifesto de que el santo Padre habia alcanzado en el cielo su conversion.

Movidos, pues, por estos y otros sucesos y de la opinion que siempre tuvieron de su santidad, comenzaron á frecuentar su sepulcro como de santo milagroso, ofreciéndole votos y pidiéndole remedios para sus necesidades: y viendo que cundia una epidemia maligna de enfermedad pestilente, de que

morian cada dia muchos, acudieron al sepulcro del santo Padre, y clamando y orando, fueron oidos de su piedad, y cesó aquel contagio, y en adelante no murieron más de él, por lo que le dieron las gracias despues de Dios, que es el autor de la salud y el Señor de la vida y de la muerte.

En el mismo colegio de Loboc, adonde está el cuerpo del santo Padre, habia un Donado español que padecia gravísimos dolores de cabeza, y habiendo usado otros remedios sin fruto, apeló al mejor, que fué tomar con mucha fe un bonetillo viejo del P. Humanes; púsosele en la cabeza con mucha reverencia y no ménos confianza de alcanzar salud, y fué Dios servido que luego se le quitó el dolor y estuvo sano y bueno, para poder trabajar, como sino le hubiera tenido.

Oyendo un indio principal las maravillas que Dios obraba por intercesion del P. Alonso de Humanes en los que venian á su sepulcro, trajo á él un hijo pequeño tan enfermo, que estaba ya en los últimos alientos de la vida, más muerto que vivo: ofrecióle al santo Padre y con él una vela de cera, que ardiese en su sepulcro: púsole en el sepulcro como en las manos del Padre, y y sacóle de ellas no sólo vivo, sino bueno y sano y alegre, con admiracion suya y de todos los que en espacio de una hora le vieron espirando y sano y convalecido.

El mismo padre enfermó gravemente, y estuvo casi desahuciado de la vida: acordóse de la salud que el santo P. Humanes habia dado á su hijo, y con mucha confianza invocó su favor, y ofreciéndole dos velas que ardiesen en su sepulcro, luego al punto mejoró, y dentro de tres dias estuvo totalmente sano, y fué al sepulcro del Padre y encendió las dos velas que habia prometido, dándole muchas gracias por la merced recibida.

Estos casos fueron de mucha importancia entre los indios, porque desde entónces dejaron unos supersticiosos sacrificios que llamaban maganitos, para la salud de los enfermos, trocándolos en los que ofrecian á Dios, y en las oraciones y rogativas que hacian al sepulcro de su siervo, por quien alcanzaban salud.

Una mujer casada llegó á las puertas de la muerte, y estando casi sin sentido, le pareció que veia un Padre de los nuestros, que por las señas era el P. Humanes, que le venia á dar salud: volvió á su acuerdo, y como quien despertaba de un grave sueño, dijo: «Llévenme luego á la iglesia á visitar al P. Humanes.» Lleváronla y pusieronla sobre la sepultura del siervo de Dios, á quien se encomendó de corazon: confesó y comulgó, y luego alcanzó salud con igual gozo suyo y admiracion de los presentes, dando gracias á Dios y al Padre por ello; y la que habia venido en brazos ajenos, pudo volver á su casa por su pié sana.

Movido con este ejemplo otro indio, que tenia su mujer muy enferma de un accidente repentino, clamó al cielo pidiendo salud para ella, y viendo que no sanaba, dijo con gran determinacion: «Yo creo que el P. Alonso de Humanes es santo, y le rezo como á tal esta Ave María y Padre nuestro, porque sane á mi mujer.» No le salió vana su esperanza, porque luego sanó su mujer, y quedó buena y convalecida por los méritos del santo Padre.

Otro indio cantor y muy ladino tenia un hijo enfermo, y aunque le aplicaba las medicinas que podia, no mejoraba, ni él tenia mucha fe con las cosas admirables que se decian del P. Humanes. Con todo eso, compelido más de la necesidad que de la devocion, dijo: «Yo ofrezco este mi hijo al P. Humanes, y si me le sana, seré su devoto en adelante.» Parece que el santo Padre admitió el partido por el amor que tenia á los indios, porque el niño sanó milagrosamente, y su padre quedó muy devoto suyo, y fué pregonero de su santidad y de los milagros que Dios obraba por su medio.

Infestando grande plaga de langosta aquella isla de Bohol, se acercaba á los sembrados de un indio pobre, que tenia toda su hacienda en ellos; y viéndola venir, clamó al santo Padre muerto, como si estuviera vivo, diciendo: «P. Humanes, defendedme, que no tengo otro remedio para mí y para mis hijos sino este; P. Humanes, amparadme y libradme de esta plaga.»

Los otros indios se reian, haciendo burla de él y de sus plegarias; pero el buen indio acudia á todas partes por donde amenazaba la langosta, invocando al P. Humanes, y Dios premió su fe y su devocion, porque asolando todos los sembrados vecinos, sólo el suyo quedó libre, y tuvo copiosa cosecha, como dada de la mano de Dios por intercesion de su siervo.

Han sido tantas las maravillas que Dios ha obrado y obra en su sepulcro, que fuera largo contarlas, y no hay santuario en las islas más frecuentado que él, viniendo de todas partes á hacer novenas y ofrecer votos al sepulcro del santo Padre, y no obstante que los nuestros se lo contradicen, ellos porfian llevados de su devocion, y tiene continuamente velas ardiendo y votos que le ofrecen, como si ya estuviera canonizado.

Y aunque calle otros, no dejaré el que sucedió á un indio viejo y casado, que desde su niñez habia callado unos pecados en la confesion por empacho.

Enfermó gravemente, y vino como otros muchos al sepulcro del siervo de Dios, pero sin intencion de confesarse, como estaba obligado; ofreció su vela, pero no su corazon que dejó en mal estado, y es lo primero que pide Dios; y en rezando y ardiendo la vela, empeoró de la enfermedad y se halló más fatigado. Parece que le apretó Dios la mano para despertarle y hacerle caer en la cuenta, porque luego le remordió la conciencia y tuvo dolor de sus pecados, hizo una confesion general de toda su vida con grande arrepentimien-

to, y luego, en recibiendo la absolucion, quedó sano, dándole nuestro Señor, por los méritos de su siervo, la salud de cuerpo y alma, como lo publicó el resto de su vida con grande agradecimiento de la merced recibida.

De esta manera honró Dios en la tierra y en el cielo á este siervo fidelísimo suyo, en cuyo sepulcro hasta el dia de hoy se experimentan admirables efectos de su valimiento é intercesion para con Dios.

Él nos dé su divina gracia para imitar sus virtudes, y servirle con la perseverancia que le sirvió todos los dias de su vida, la cual escribió el P. Juan de Bueras, Provincial de las Filipinas y despues de la provincia de Méjico, adonde murió; y el P. Juan Eusebio Nieremberg en su historia manuscrita. El P. Francisco Colin hace de él honorífica mencion en varias partes de la *Historia de Filipinas* en el primer tomo que ha impreso de ella, dejando para el segundo referir copiosamente el discurso de su vida.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CARPIO

NACIÓ este glorioso mártir en la villa de Riofrio, del obispado de Leon de España, de padres píos y honrados, así por su sangre como por haber tenido tal hijo, á quien Dios parece que escogió para mártir desde los pechos de su madre.

Siendo pequeño, y leyendo las vidas de los Apóstoles y santos que discurrieron por el mundo predicando la fe de Cristo, y firmaron las verdades evangélicas con su sangre, se encendió en tan vivos deseos de imitarlos, que hizo voto á Dios nuestro Señor de emplearse toda su vida en procurar la salvacion de las almas, y con este intento estudió gramática en un lugar cerca del suyo, y despues pasó á Oropesa á estudiar Artes en el colegio que tiene la Compañía en aquella villa.

A este tiempo vino allí el P. Alonso de Humanes, Procurador por la provincia de Filipinas, á llevar obreros para aquella viña del Señor, tan lata y tan poblada, como destituida de doctrina y necesitada de predicadores que la enseñasen. Porque habia más islas que sacerdotes, y más idólatras que cristianos, y muchos lugares de fieles bautizados, que no alcanzaban en algunos meses quien les dijese una Misa, y ménos quien los sacramentase, como